—Bien tirada: esclamó Moreno.

—¿No te dije que es la gracia personificada?

—Y ahora me afirmo mas en la opinion de que es tu muger.

—¡Mi muger! vaya, estás loco:
¡Pues no fuera mala fiesta!....
Si mi muger aun es poco
Para descalzar á ésta.
Es aquella mala cópia
De este bello original:
Moreno, mi muger propia
Es algo mas animal.

—Si ella te oyera: dijo Doña Rosario, estoy segura de que te sacaba los ojos. Pero dejemos la conversacion, y pasemos á bailar las últimas cuadrillas.

—¿Las últimas?.... dijo Sacristia. ¡Pues qué, piensas retirarte tan temprano!

—Son ya las dos de la mañana; y temo que mi marido, que se ha de levantar temprano á tomar ceniza, pregunte por mí.

—¡Mamá?.... esclamó la otra máscara que estaba en la otro mesa con Mariano, ¡son ya las dos!.... ya es hora de que nos retiremos.

—Todavía tenemos otra hora: volveremos al salon.

—¡Oh!.... mamá complaciente, dijo Mariano, dando el brazo á las dos: vamos al salon. Y salieron del café, donde dejaremos á los esposos por un instante, para seguir al pollo y sus dos desconocidas.

—Nos sentaremos, dijo al pollo la mas jóven, al entrar en el salon, miéntras no se baila.

—Bien, contestó Mariano: aquí hay precisamente dos

sillas. Te dejo un momento con tu mamá, miéntras voy á ver á mis amigos.

Y se perdió en el gentío.

—¿Qué tal, Mariano? le preguntaron los pollos de quienes se habia separado hacia una hora, cuando le vieron llegar.

—Perfectamente: es la muchacha mas hechicera que se ha fabricado.

—¿Con qué la has visto sin pasta?

—No enteramente; pero la he visto á la holandesa, es decir á medias.

—No estoy por las cosas á medias; dijo uno de los pollos que ya iba á entrar á la esfera de los gallos. Por hacerlo todo á medias, está la nacion á medio morir. Por nuestras instituciones medio monárquicas y medio republicanas, no somos ni republicanos, ni monarquistas: por haber hecho á medias la guerra contra los Estados-Unidos, nos quedamos con media república: por haber hecho la jornada de la Angostura á medias, perdimos una batalla, cuando estaban ya medio derrotados los enemigos por nuestros valientes soldados: por hacer á medias las cosas, tenemos en medio de la plaza de armas un hacinamiento de piedras, que no ha llegado á ser ni media pirámide; y en fin, por hacerlo todo á medias, se encuentra el gobierno sin medios para pagar á los ya medio militares y medio paisanos, [los retirados] y sin hallar un remedio que lleve á la nacion por medio de la felicidad.

—No, no corro yo peligro respecto á mi mascarita: la he visto la barba y un carrillo; y estoy seguro de que es la reina del baile. Pero ya suena la música, ¿quieres hacerme el favor de entretener á su mamá, miéntras yo bailo con la hija?

—Si despues me das una *paloma*, consiento.

—Corriente: vamos.

Y Mariano se acercó á su desconocida para salir á bailar con ella; y su amigo, el semi-gallo, quedó ocupando la silla de la jóven y acompañando á la mamá. Mariano que era atrevido en empresas amorosas, y que estaba exaltado por la gracia que hallaba en la conversacion de su compañera, le ponderaba á ésta el amor que le tenia, y concluyó por pedirla una prenda de amor.

—¿Y si te arrepientes algun dia, Marianito, de haber pedido una prenda?

—No, jamás: tú eres mi vida.

—Pero ¿qué te daré que sea de tu gusto?

—Angel mio, un rizo de tu cabello.

—Mas no lo arrojes despues de que me hayas visto la cara.

—No: al contrario; estoy cierto de que cuando te vea, caeré á tus piés lleno de amor.

—Ya lo veremos; pero una vez que te empeñas, ahí tienes un pedazo de mi rizo: casualmente traigo aquí unas tijeras.

—¡Ah!.... muger deliciosa: lo llevaré siempre junto al corazon, dijo Mariano besando el rizo con frenesí.

Tu eres mi bien, mi embeleso,
—Mas no me engañes, Mariano.
—No, no: deja que en tu mano
Imprima un ardiente beso.

—Basta, Mariano, eso es ya pasar lo límites del respeto.

—Perdóname, hermosa mia.

¡Ah! yo estaba delirante;
Y además no es desacato

El besar un leve guante
Y no el cútis de quien trato.

—Todo te lo perdono, Marianito, porque veo que tus intenciones son puras; pero vamos á ver á mi mamá, porque ya se ha acabado el wals, y estará con cuidado.

—Pero, me prometes descubrirte antes de salir del teatro?

—Ya te he dicho que lo haré por complacerte.

—¡Oh mi bien! oh ángel de amor!
Estrella, perla en los mares:
Poma, delicada flor.....
—Solo falta me compares
A la berza y colifior.

—¿Te burlas?

—No; no hago tal.

—¿Y crees que te amo leal?
—No; pues no es pasion discreta
Adorar una careta
En noche de carnaval.

—¿Qué prueba quieres que te dé?

—Tu constancia por ocho dias.

—¿Tan fugaz juzgas mi amor?..... te amaré toda mi vida.

—Sobre que no lo creo.

—¿Tengo ácaso careta para mentir?

—Vamos, no me hagas reir,
Pues sabido y nada estraño
Es que llevan todo el año,

Careta para mentir
Los hombres por nuestro daño.

—Tú verás que yo soy la escepcion de la regla.
—Bien, ya lo veremos.
—¿Y dónde quieres que sea el careo?
—En el café.
—Corrientes; pero que sea ahora, porque tu mamá querrá ya irse.
—Dices bien: entonces busca tú un lugar á propósito donde no haya gente, que yo te espero con mi mamá.
—Pero no vayas á largarte, en tanto que yo busco el lugar mas á propócito.
—Te doy mi palabra.
—Palabra de máscara.

Y habiendo llegado así á donde estala la respetable mamá, se retiró con el amigo que habia quedado cuidando la silla, á buscar á los otros. Pronto los encontró, y les refirió lo avanzado que iba en su negocio: sacó el rizo, y despues de que todos lo admiraron, lo volvió á guardar imprimiendo en él ardientes besos.

—¡Hombre! yo temo, le dijo el que habia quedado con la mamá, que sea alguna de esas....
—¡Quita allá!....si la hubiras oido....¡qué agudeza en el decir....que palabras tan finas!....¡que modales!....Vamos, no tiene pero; y para que acabeis de desangañaros, seguidme y la conoceréis.
—¡Cómo!....
—Me ha prometido quitarse la careta ahora mismo; y la he dejado para buscar un lugar á propósito.
—Vamos allá, dijeron todos; y se dirijieron á uno de los tránsitos donde se quedaron fingiendo que dormian, en tanto que volvía Mariano con sus máscaras.

Pero ya no las encontró solas, sino rodeadas de algunas otras con quienes estaban en animada conversacion.

—Muy acompañada te encuentro, hermosa mia.
—Sí, Marianito, todos me rodean porque me juzgan tan bonita como mi antifaz.

Y haciendo señas á los máscaras de que se acercáran, les dijo en voz baja "este es el amartelado amante."

—Bueno, contestaron,
—¿Conque ya sabeis lo que debeis hacer cuando yo me descubra?
—Descubrirnos y rodearle.
—Precisamente; pues bien, seguidnos sin que él lo note.
—¿Vamos ya mascarita mia? preguntó Mariano.

Y la mamá y la niña se agarraron del brazo de Marianito, y se dirigieron al sitio en que fingían dormir los otros pollos: las máscaras con quienes la incógnita estaba de inteligencia, llegaron á poco tiempo desimuladamente. La casualidad, ó el ser el punto aquel el menos transitado, hizo que se encontraran cerca de donde se preparaba el descubrimiento de la jóven, los esposos de quienes hablamos al principio de este artículo, Don Caralámpio Sacristia y Doña Rosario Camándulas, los cuales tenian en aquel momento la conversacion que cópio.

—¿Con qué te vas ya, bella mia?....
—Sí, porque temo mucho á mi esposo que es enemigo de estas diversiones.
—¡Cuánto sentimiento me causa, mascarita, el que me dejes tan pronto. Pero espero que no te retirarás sin decirme primero con quién he tenido el gusto de bailar y de pasar la noche mas feliz de mi vida.
—Pues tienes mala esperanza.
—¡Cómo! temes que yo vaya á publicar lo que me has confiado?
—Los hombres teneis muy suelta la lengua.
—No: yo soy la escepcion de la regla; y para que

veas que mi anhelo no es otro que saber con quien he pasado estas horas tan agradables, me quitaré tambien la careta para que sepas quien soy.

—Corriente: solo así condesciendo con tu súplica; pues no ménos curiosidad que la que tienes en conocerme, tengo yo en saber quien eres.

—¿Pues para qué esperamos mas tiempo? ¿No es mejor que nos conozcamos ántes de que llegue el momento de nuestra separacion?

—No: porque temo, si me descubro, que rehuses volver á hablarme.

—Yo te juro que no, mascarita. Vamos quítate ese antifaz que me priva de ver tus hermosos ojos: aquí nadie te ve.

—Es preciso que tú te despojes primero del tuyo.

—Eso no es lo convenido.

—Pues no he de ser yo la que empiece.

—La razon exige que nos quitemos á un tiempo los dos las caretas para que no haya ventaja.

—Eso me parece lo mas acertado.

—Yo ya tengo desatada la mia.

—Yo tambien.

—Pues al llegar al número tres, nos descubriremos á un mismo tiempo.

—Corriente

—Empiezo, pues, á contar. Uno, dos, tres.

—¡¡¡Sacristia!!! dijo Camándulas sorprendida.

—¡¡¡Camándulas!!! esclamó Sacristia admirado.

Y ámbos esposos se quedaron como si fueran estátuas; pero miéntras los dos, con las caretas en la mano, se quedaron mirándose el uno al otro, otra escena no ménos original pasaba con Mariano y su amable desconocida.

—Ya hemos llegado al sitio de mi felicidad, dijo Mariano: ya te puedes despojar de esa nube que me ha estado eclipsando el sol de mi existencia.

—¿Nadie nos mira?

—Nadie.

—¿Me prometes amar hasta la muerte?....

—Hasta la muerte: de rodillas me pongo á esperar la luz de tus divinos ojos, esclamó arrodillándose lleno de amor. (Los pollos y los máscaras se preparan á ver el desenlace.)

—Pues bien, Marianito: tú lo quieres, y sea: el ser á quien has llenado de las mas finas atenciones, cuya mano has besado con delirio, y cuyo pelo llevas al lado de tu corazon, es....

—¡Acaba de descubrirte, hermo....

—¡Mira!

—¡Un hombre!....

—Sí: un estudiante de medicina.

—¡Un estudiante de medicina! ¿y tu mamá?

—Otro estudiante de medicina, contestó la que habia hecho de mamá, quitándose la careta.

—Un discípulo nuestro: añadieron todos los máscaras quitándose estas y rodeando al pollo engañado.

—¡Qué horror!..... Huyamos, Mariano, esclamaron los pollos.

—Sí; huyamos, dijo éste.

—¡Ingrato!.... ¿Tan pronto me dejas?..... le gritó el travieso estudiante, despidiendo una carcajada coreada por las carcajadas de sus condiscípulos, que secundaron con otra carcajada los esposos que volvieron de su sorpresa con el ruido hecho por los estudiantes de medicina.

—Amnistía y olvido, dijo Sacristia: todo te lo perdono: venga un abrazo, y vámonos á casa.

—Sí, amnistía y olvido, contestó Camándulas; y co-

mo los dos eran delincuentes, cada uno procuró contentar al otro. Descubierto así el deseo que cada cual tenia en divertirse, pasaron al salon del baile, donde los dejaremos reconciliados con la diversion de máscaras, y confundidos entre la multitud.

Los estudiantes de medicina, jóvenes todos de buen humor, fueron en persecucion de los pollos, cuando por fortuna de ellos, me encontraron los discípulos de Galeno.

—Zamacois, me dijo uno de ellos [Alfaro] acabo de ser despreciada públicamente de mi adorado amante.

—¡Cómo despreciada de tu adorado!..... ¿estás loco?.....

—Sí, señor; despreciada con á: y un pollo ha sido el héroe de la fiesta. Pero te contaremos despues la peregrina historia que me acaba de pasar; pero por ahora vamos al salon del baile, para ver el mundo en compendio, porque un salon de baile en noche de Carnaval, es el fiel retrato del mundo.

—Vamos allá, le contesté, y esplícame por tu vida en qué se parece un salon de baile, al mundo.

—¿Ves ese que va luciendo el brillante trage de aquel valiente espartano que con un puñado de valientes defendió, hasta perecer, el paso de las Termópilas, contra el numeroso ejército persa? Pues bajo ese vestido del inmortal Leonidas, se oculta, no un desinteresado patriota como intenta persuadirnos con su trage, sino un hombre degradado que, á fuerza de adulaciones, intrigas y revoluciones, ha engrandecido, con perjuicio de beneméritos soldados que yacen en la miseria. ¿Ves aquel otro que representa á Astrea, diosa de la justicia? Pues ese es un juez venal que ha enriquecido defendiendo á los malvados y malhechores, miembros podridos de la sociedad. Ese otro que va vestido con el trage de la Caridad, es un usurero que, á fuerza de traficar con los

vales de las infelices viudas, ha salido del cieno, paseándose hoy en lujosa carroza, insultando á la miseria. ¿Ves aquel otro que cubierta la cabeza con el gorro frijio va achándola de liberal? Pues ese ha sido uno de los mas tiranos en los gobiernos despóticos que hemos tenido, y el mas demócrata en los gobiernos populares: un volatin político que no pertenece á ningun partido, por la sencilla razon de que pertenece á todos. ¿Ves aquella otra que ve disfrazada de beata y con gran rosario de cuentas gordas? Pues esa tiene nada menos que seis hijos; tres de su marido....

Viendo que no seguia, le pregunté:

—¿Y los otros tres?

—Los otros tres, me respondió con sonrisa burlona, los otros tres son....de ella.

—Eso es natural.

—Pero mira: ¿ves aquel que viene disfrazado con el trage de la fé?

—Sí, ya lo veo: sin duda será algun doctor en teología.

—¡Qué doctor en teología!.... Nada de eso. Es un escribano que de tanto dar fé, se ha quedado sin ella. Pero ¿ves ese otro que representa la muerte, y que trae un gran acompañamiento de figuras horrendas?

—Sí.

—Pues ese tal vez es el único que representa con esactitud lo que es en el mundo.

—¿Cómo así?

—Porque es un mal médico de esos que vienen de otros países anunciándose en los periódicos como seres privilegiados; y los que le acompañan son unos cuantos boticarios y curanderos, que son, como si dijeramos los diligentes ministros de la Parca, ó la artillería volante.

—¿Y podrás decirme quién es aquella linda y jóven aldeana que tan cercada está de adoradores?

—¡Oh! la conozco como á mis manos! Fué linda como tú dices, en otro tiempo; pero desde que llegó á empacharse....

—¿Está empachada? ¿Y de qué?....

—De una atracada de sesenta calendarios que no le saldrán del cuerpo jamás.

—¡Con que es vieja!.... Pues buen chasco para los que la están obsequiando.

—Desengáñate, amigo: en el Carnaval, todos se disfrazan para parecer lo que no son: aquí estas viendo, lo que todos los dias pasa en el mundo; porque aquí lo mismo que en la calle, todos llevan su careta.

—No comprendo.

—Te lo esplicaré. ¿No has visto alguna vez presentarse un patriota furibundo, clamando contra la tiranía, y en nombre del pueblo oprimido, invitar á sus compatriotas á tomar las armas, en tanto que él se queda en su casa esperando el resultado de la lucha?

—Sí.

—Pues ese decantado patriotismo, es la careta: bajo de ella se oculta la ambicion, el deseo de medrar, el aspirantismo, y las ruines pasiones de enriquecer á espensas de los incautos.

—Es cierto.

—¿No has visto algunos periodistas constituirse en frenéticos apóstoles de este ó de aquel sistema, y echándola de sábios, criticar cuanto se hace, y se escribe en el mundo?

—Sí.

—Pues ese afán en defender un partido, es la careta: si se la arrancas, solo verás que no tienen opinion ninguna: que hoy ensalzan ó denigran al que ayer criticaron ó elogiaron; y que solo tratan de vivir comerciando con los mal contentos.

—Tienes razon.

—¿No has visto tambien alguno, que echándola de hombre moral y delicado, jura que no sufrirá mancha ninguna en su honor?

—Varios.

—Pues esa es la careta: si se la alzas, verás un hombre envilecido que tiene gran casa y lujoso coche, gracias al humillante servicio que desempeñaba con cierto poderoso que protegía á su muger.

—Muchos conozco que tienen esa filosofia marital.

—Tambien habrás visto á otros en magníficas carrozas, vestidos elegantemente, con gran reloj y cadena de oro, en cuyas casas reina el lujo mas sorprendente.

—Sí, los he visto.

—Pues esa es la careta: álzaselas, y verás que el coche, el reloj, la cadena y los muebles de la casa, lo deben; que nada es de ellos, y que el lujo es un disfraz para seguir engañando. Pero ¿á dónde voy á parar? Seria no concluir jamás, el ponerme á descubrir lo que pasa en la sociedad en que vivimos. El pudor, la amistad, la buena fé, la fidelidad, la filantropía, el patriotismo, y todas las demás virtudes, no son mas que la careta con que se encubren los hombres. El mundo, amigo mio, no es mas que un gran teatro, donde cada individuo representa el papel que le conviene, hasta que la muerte les despoja á todos de los trages prestados con que se han disfrazado.

Y como todos los estremos se unen, el salon de baile donde todo es vida y engaño; es lo que un panteon donde todo es muerte y verdad; pues en ámbos lugares se confunde el pobre con el rico, el ignorante con el sábio, el malo con el bueno, pues si á los muertos los confunde la tierra qus los cubre, aquí la careta confunde á todos los vivos.

—Tienes razon, contestamos todos; pero preferimos

os engaños del Carnaval, á las verdades del lúgubre panteon.

—Porque no veis el abismo
Por donde ciegos marchais;
Y aunque á sorprenderos vais,
Os diré, y no lo creais,
Que á mí me pasa lo mismo.

Pero dejémonos de filosofias, y aprovechemos lo poco que nos queda de tiempo, para que nuestras palabras formen contraste con estas que el sacerdote nos dirá mañana al ponernos la ceniza: *Memento, homo, quia pulvis est, et in pulverem reverteris*, que traducidas al uso de Carnaval, quieren decir:

Disfrutad otro momento,
Gente nacida del polvo,
Del placer y del contento,
Que el padre, con dulce acento,
Dirá luego, *ego te absolvo.*

—¿Ahí acaba?
—Si, señor gallo.
—Pues todo lo que has dicho no es mas que la verdad desnuda, pero continuaremos mi testamento, abriendo un nuevo capítulo.
—Ya estoy dispuesto.

CAPITULO XVII.

Donde verá el lector lo que le conviene evitar si ama mas su alma que su bolsillo, cosa que no es muy comun en este siglo de las luces, en que la plata es el objeto único que se ama de todo corazon.

El gallo viendo que yo esperaba con la pluma en ristre el que empezara, continuó su testamento de esta manera.

Iten. Dejo un papel escrito en los términos siguientes.

Lista de los objetos pue acaban de llegar por el último buque mercante.